Marques — Sr. Infiesta
4599

F. de Viu

FERIA DE AMOR

Comedia en dos actos y un cuadro

GUADALAJARA
Imprenta del Colegio de Huérfanos de la Guerra

1907

FERIA DE AMOR

Esta obra es propiedad de su autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

F. de Viu

FERIA DE AMOR

Comedia en dos actos y un cuadro

GUADALAJARA
Imprenta del Colegio de Huérfanos de la Guerra

1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARQUESA DE MONTEBLANCO	
MARIETA	
CONDESA DE MIRALUNA	
JUANA	
DON FELICIANO	
RAFAEL DEL BALZAR	
EDUARDO RIOBESCO	
MARQUÉS DE MONTEBLANCO	
RAMÓN	

Gran número de invitados en la escena X del primer acto y en el cuadro tercero.—Criados.

La acción en Madrid: época actual

(Derecha é izquierda la del actor)

ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con elegancia, puertas al foro, derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

MARQUESA y MARIETA

Al levantarse el telón aparecen la MARQUESA y MARIETA, entrando en escena por la puerta de la izquierda que da entrada al salón de baile, donde una orquesta ajecuta un vals.

MARQUESA. (Atrayendo á Marieta y sentándola en un silloncito próximo al que ella ocupará.) Ven acá, pimpollito, ven acá, que tenemos mucho que hablar. Sentémonos aquí, solas, alejadas de ese infernal bullicio que aturde y ofende, de ese criticar sangriento; sentémonos aquí solitas y quiera Dios que no nos importunen.

Vamos á ver, ¿qué te ocurre? ¿por qué no ríes, no bailas, no charlas con tus amiguitas? Me da muchísima pena verte triste, preocupada, y más hoy en que ese vestido que arrastras, y ese moño prendido, te han hecho ya mujer. ¿Qué tienes, Marieta, á tí te ocurre algo? ¡Cuéntamelo, tontina!

678234

MARIETA. Si no es nada, señora, yo le aseguro á usted que no es nada; estoy muy contenta; cómo no estarlo siendo este un día tan señalado y aquí entre todos ustedes que tanto me quieren, qué tan buenos son para mí.....

MARQUESA. Tú me engañas, niña, mejor dicho, tú pretendes engañarme, pero no lo consigues; ¿no ves que yo he penado mucho? Conozco las tristezas, son mis amigas inseparables.

MARIETA. Pero no se preocupe usted por mí; soy muy rara, muy extravagante; las mismas emociones del día de hoy, el recuerdo de mis compañeras de Colegio que hace poco abandoné, todo contribuye para que esté un poco triste, más bien emocionada, pero yo le aseguro que estoy muy contenta, son ustedes tan amables, tan cariñosas..... (Pausa larga.)

MARQUESA. ¿Tienes novio, Marieta?

MARIETA. (Muy turbada.) No....., no señora..... yo le aseguro..... si no he salido nunca del Colegio..... si.....

MARQUESA. (Besándola.) ¡Bendita inocencia! Tu miedo y tus frases entrecortadas, me lo ha descubierto todo. Sí, Marieta, tú amas á un hombre, le amas con ese amor vergonzoso, inocente, el más bello de todos los amores, porque es el despertar de las emociones nuevas.....

MARIETA. Sí, tiene usted razón, no sé mentir, no sé negar..... Es un muchacho joven, guapo, se llama Rafael; no he hablado con él jamás (media pausa.) Le veía todos los días, la ventana de mi dormitorio en el Colegio, daba á un jardín, y, enfrente, á poca distancia, había un hotelito pequeño, el estudio de un pintor, y allí, en la ventana de aquel hotelito, le ví la primera vez, le ví siempre, pues todas las tardes iba y ¡me miraba, con una cara de sufrimiento!, había en su gesto un no se qué de genio, que me impresio-

nó. Después, cuando estaba sola, en mi cuarto, á obscuras, cerraba los ojos y le veía, sí, volvía á verle con su rostro pálido, con su mirada soñadora, é imaginaba mil cosas locas, mil cosas raras, y, ¡algunas, veces hasta lloraba! Supe quién era, me lo dijeron unas compañeras, era un poeta, un muchacho muy listo, y un día..... (Muy gozosa.) Un día leí unos versos suyos, preciosos, no los comprendí bien, ¡pero sonaron tan hermosamente en mis oídos!, ¡hicieron sentir tanto á mi alma, que hasta lloré! Pasado algún tiempo, me escribió una carta en que me decía mil cosas bellas, y que pronto, cuando saliera yo del Colegio, me vería aquí, en Madrid; después no le he vuelto á ver; sólo he leído, en muchos periódicos, sus versos, sus artículos y nada más..... ni en la calle siquiera le he visto.

MARQUESA. (Enternecida.) ¡Pobre niña, ama mucho que el amor lo es todo!

No temas, yo te ayudaré, yo te protegeré..... pero no te hagas grandes ilusiones, la vida es muy distinta á como tú la crees. (Levantándose á la entrada de la Condesa.)

ESCENA II

MARQUESA, MARIETA, CONDESA y EDUARDO

CONDESA. (Entrando puerta izquierda del brazo de Eduardo.) ¿Qué es eso? Aquí escondiditas, huyendo de la gente y todos preguntando por la señora de la casa y por el pimpollito, por la niña mimada.

EDUARDO. Por Dios Marquesa, no quite usted la luz á mis ojos, no aparte usted de mi lado á ese sol de mi felicidad, no pretenda divorciarme antes de casado. Y usted, encantadora Marieta, no me trate con tanto desvío.

MARQUESA. No nos recriminen, señores, poquito á poco, que ni nosotras nos escondemos, ni yo robo á nadie nada, amigo Eduardo.

MARIETA. (Aparte á Condesa.) No se enfade usted, tía, es que hacía mucho calor en el salón.

CONDESA. (Aparte á Marieta.) Estás bastante impertinente niña; en toda la noche has dirigido la palabra á Eduardo, y ya sabes lo que hemos hablado respecto á ese asunto.

EDUARDO. Angelical Marieta, tenga usted compasión de mí. En este instante hablaba con la Condesa respecto á mis pretensiones, y he tenido, para gloria mía, una acogida deferentísima y amable; sólo falta su decisión.

MARQUESA. (Aparte á la Condesa.) ¿Pero es cierto? ¿Han decidido ustedes casar á Marieta con Eduardo?

CONDESA. Es un gran partido, su tío el Duque de Blancaluz, le ha nombrado su heredero, y como usted comprenderá, es obligación nuestra velar por la felicidad de esta pobre niña. Las cosas hay que hacerlas hasta el fin, la hemos educado convenientemente, y ahora queremos dejarla colocada.

MARQUESA. (¡Pobre Marieta!) ¿Pero ustedes antes de dar este paso habrán consultado con ella, contado con su voluntad?

CONDESA. No es necesario, nosotras no hemos de perjudicarla, élla hará lo que yo la mande, conozco bien su carácter y se que no habrá de contradecirme, ¿qué no está enamorada?, ya lo estará después que se case, y, en último caso, el amor no es lo imprescindible para el matrimonio, lo principal es la igualdad de educación, de posición social, de timbres aristocráticos; esas pasiones volcánicas, únicamente las llevan al matrimonio, las que no pueden llevar otra cosa y tienen que conformarse con eso.

MARQUESA. Bien, que se reunan todos esos requisitos que usted considera indispensables, pero ¡también un poco de amor!

CONDESA. ¡Querida!, ¡querida!, usted ha sufrido un recrudecimiento en su romanticismo agudo. (Durante todo este diálogo sostenido entre la Marquesa y Condesa, Eduardo hablará con Marieta.) Vamos, quiero que queden solos á ver si por fin Eduardo la convence. (En voz alta.) ¿Por qué no me enseña esos encajes de que hablamos? Quisiera mañana mismo comprarlos para adorno de un vestido.

MARQUESA. Cuando quiera, ahora mismo. (¡Pobre Marieta!) (Vánse puerta derecha.)

ESCENA III

MARIETA y EDUARDO

EDUARDO. Por fin nos dejaron solos. No he querido volver á insistir sobre lo que al entrar la dije, porque comprendí que la era algo violento contestar delante de su tía y de la Marquesa.

MARIETA. Por Dios, Eduardo, yo soy una niña, hace ocho días que salí del Colegio, hoy visto por primera vez de mujer. ¿No cree que todavía no debo pensar en cosas tan serias, tan graves como el matrimonio?

EDUARDO. No me hable usted así, Marieta, siempre esquiva. Si, como la he dicho antes, sus tías están conformes en aceptarme como sobrino. (Con pedantería no exagerada.)

¡Verá usted, verá que vida tan espléndida, tan divertida, tan aristocrática la nuestra cuando casemos! Magnífico palacio, lujosos trenes, numerosísima servidumbre, trajes elegantísimos, del modisto parisién que más le agrade, joyas riquísimas. Usted tendrá sus coches, sus amigas, sus habitaciones; yo mis coches, mis amigos, mis habitaciones. Nada de celos, nada

de cursilerías, lo discreto, lo distinguido, nada de vulgaridades, nuestra vida será la vida de la *high-life*. ¿No la atrae á usted este panorama?

MARIETA. (Muy triste.) ¡Y esto es lo que usted me ofrece!

EDUARDO. (Asombrado.) ¿Qué más? mi explendidez es bien notoria. Si algún detalle se ha escapado..... En fin, en una palabra, usted hará lo que guste, lo que se la antoje, yo jamás habré de molestarla.

MARIETA. ¡Qué triste porvenir!

EDUARDO. ¿Triste? No la comprendo, Marieta. Piense usted en la mujer más independiente y ninguna la superará en libertad.

MARIETA. No me comprende, Eduardo, intepretà mis palabras y exclamaciones mal.

EDUARDO. (Riendo.) ¡Ah, ya! sí, comprendido, comprendido; usted no ha sabido despojarse todavía del espiritualismo romántico del convento, de las novelitas cándidas y pasionales que habrá leído. ¡Por Dios, Marieta!, no piense usted así, modernícese un poco; todo lo pasional, lo romántico, es ya muy cursi, ha pasado de moda; es más discreto el afecto plácido, sin arrebatos, que no hastía. Ya curará usted de su pequeña enfermedad y comprenderá entonces lo qué la digo, y no olvide este consejo: el vivir con la vida, la estimación social lo es todo, absolutamente todo. (Con énfasis.)

MARIETA. (Titubeando.) Eduardo, yo no he tenido tiempo de pensarlo..... le suplico una tregua..... un corto plazo, usted es muy galante y accederá.

EDUARDO. La amabilidad con las damas no es galantería, es deber. (Haciendo una inclinación.)

ESCENA IV

MARIETA, EDUARDO, CONDESA y MARQUESA, que entran

CONDESA. Precioso, querida Marquesa, precioso.

EDUARDO. ¡Oh! nuestra Marquesa es el *non plus ultra* del buen gusto y la elegancia.

MARQUESA. Señores no tantas flores que van á conseguir sonrojarme.

CONDESA. (Mirando puerta izquierda por donde entran D. Feliciano, Rafael y el Marqués.) ¡Gracias á Dios que encontramos á nuestros maridos!

(Sale)

ESCENA V

MARQUESA, CONDESA, MARIETA, EDUARDO, DON FELICIANO, RAFAEL y MARQUÉS

MARIETA. (Al ver á Rafael. Bajo á la Marquesa.) ¡Él, es él!

MARQUÉS. (Adelantándose y presentando á Rafael.) Luisa, Don Rafael del Balzar, insigne poeta, favorito del Madrid intelectual, presentado esta noche por nuestro querido Don Feliciano; mi esposa.

RAFAEL. Es un inmenso placer el que en estos momentos experimento.....

MARQUESA. El placer es mío, caballero, y hace tiempo que deseaba conocer su persona, cuando tan conocida me es su alma, digámoslo así, por sus poesías y escritos.

MARQUÉS. (Continuando la presentación. Rafael va estrechando las manos de todas las personas que el Marqués le nombra.) La señora Condesa de Miraluna. Su encantadora sobrina. Don Eduardo Ríobesco, futuro Duque de Blancaluz y afamado *sportmant*.

CONDESA. Su nombre de usted es antiguo conocido mío, sus poesías, sus conferencias en el Ateneo, de las que tantas alabanzas hace mi marido.

RAFAEL. Su esposo de usted, señora, es un gran amigo y un gran sabio, yo me honro con su amistad y con sus enseñanzas.

D. FEL. No adule usted, amigo Balzar, los poetas son ustedes muy buenos y nos juzgan á todos cari-

ñosamente; yo no soy sabio, un pequeño observador, nada más que un pequeño observador.

EDUARDO. Yo también conocía su nombre y, si soy franco, diré que no precisamente por mis aficiones literarias, sino por el *run-run* del mundo, de la alta sociedad que le ha consagrado á usted, y desde luego, ante tal consagración, todos nos inclinamos acatándola reverentes.

RAFAEL. Muchas gracias, caballero.

MARQUÉS. Luisa, estamos cumpliendo de una manera deficiente con nuestros deberes de dueños de casa. Ahora mismo acaban de preguntar por tu persona la Generala y aquellas otras señoras. (Señalando al salón, puerta izquerda.)

EDUARDO. No te preocupes por ello, este abandono es de muy buen gusto, muy inglés.

MARQUESA. Sí, vamos; ¿me acompaña, Condesa?

CONDESA. ¿Con usted? siempre, ¿cómo no? (Vánse puerta izquierda, Condesa, Marquesa y Marqués. Se oye el preludio de un vals.)

EDUARDO. (Dándola el brazo.) Marieta, el boston ofrecido. (A Rafael). Nos veremos, ilustre vate. (Vánse izquierda.)

ESCENA VI

RAFAEL y DON FELICIANO, sentados en un diván.

RAFAEL. ¿Está usted satisfecho? Ya me tiene aquí, en plena goma, todo azul, todo aristocrático.

D. FEL. Hombre sí, estoy orgulloso de mi empresa, de haber conseguido siquiera por unas horas desalvajizar á usted ¡oh!, y no se arrepentirá de haber seguido mis consejos. Usted conocía un mundo, el suyo propio, su sér de usted, algo del que le rodeaba; el vicio, la vida bohemia, pasioncillas de grisetas y estudiantes, envidias de literatos y artistas, hambres, todo lo que

ha rozado en su vida, pero le faltaba lo mejor, lo más digno de estudio, un caso de psicología humana que usted no había avizorado con sus ojos de bohemio errante y á veces hambriento, ni con su fantasía de poeta; y ya estamos en él, en plena mesa de disección; este es el mundo desconocido para usted. Estos palacios suntuosos, llenos de comodidades, de lujo, donde nada falta, son guaridas de almas tristes ¡ah!, ¡si pudieran hablar estos espejos, estas alfombras, estos muebles, estos retratos, cuántas cosas nos dirían, cuántos suspiros, cuántas lágrimas habrán contemplado, cuántas almas enfermas habrán sentido! (Pequeña pausa.)

Yo he nacido entre sedas, en ellas me criaron, soy aristócrata, título de Castilla, grande de España, mi sangre, no la he visto, pero la supongo azul, del azul más puro; por necesidad, por debilidad, tal vez, para mí la voluntad es cosa desconocida, he respirado siempre esta astmósfera, y después de todos mis viajes, de todas mis observaciones, he comprendido que no hay nada en la humanidad tan complejo, tan raro, tan digno de estudio, como el alma de los ricos, de los aristócratas, de los que comen á la francesa, visten á la inglesa, hablan á la alemana y son españoles de nacimiento.

RAFAEL. ¡Oh, sí! Yo también creo eso, no conozco esta vida, no la he vivido; pero he podido adivinar algo de lo que en este momento usted me dice. Yo creo que las almas han llegado á disecarse..... que están dormidas..... no, tal vez otra cosa..... no encuentro la palabra, el simil; en resumen, que yo creo que aquí no hay nada grande, hermoso, ni aun en maldad siquiera; las pasiones, las luchas, no trascienden, no explotan, son sordas, suaves, discretas, elegantes.

Para mí la alta vida, la de los millones, la de la aristocracia, la de los trenes, es algo así como una serpiente inmensa que se desliza, sosegada, silenciosa, sin ruido, sin silbar, dejando pequeñísimas gotas de veneno, pero sin perder sus movimientos rítmicos, elegantes, la lustrosidad y belleza de su piel.

D. Fel. ¡Oh!, ha dado usted en el clavo, mi amigo, esa es la vida, abajo tumultuosa, desbordante, mala, pero ingénua, sin hipocresías; tal vez con la soberbia de su maldad, con el cinismo de sus vicios, arriba, discreta, muy discreta, muy *sprit:* sea usted malo, pero no lo diga, sórdido y avaro, pero no lo cuente; cubra usted su cráneo huero con un peinado artístico, su corazón seco con una pechera muy almidonada, sonría siempre, hable con discreta sátira; sus deseos, sus pasiones, dosimetrícelos usted, chapurrée dos ó tres idiomas; enorgullézcase con títulos nobles que no conquistó, con capitales que otros ganaron trabajando y será el hombre simpático, el hombre de mundo. Todo disimulo, todo de guardarropía.

Rafael. Sí, Don Feliciano, tiene usted razón, esa es la regla general; pero habrá almas buenas, almas ingénuas.

D. Fel. Indudablemente las hay, y esas son las víctimas; plantas de bosque, ávidas de sol, de aire, que las encierran en estos invernaderos plácidos, tranquilos, pero que las ahogan, que las matan. Aquí tiene usted un ejemplar, en esta casa: la Marquesa. Y hay más, muchos más, ¡quién sabe si mi ingénita pereza, mi apatía, no me hace ser otra víctima! Pero ya es tarde, la vida hay que tomarla como es, más vale no luchar contra ella; soy un vencido y continuaré vegetando. (Pausa.)

RAFAEL. ¿Y esa niña tan bella, que acabo de conocer, es su sobrina?

D. FEL. Sí, un ángel del cielo.

ESCENA VIII

DON FELICIANO, RAFAEL y MARQUESA

MARQUESA. (Entrando izquierda.) Qué solitarios, qué meditabundos. ¿Mi señor Don Feliciano? La partida de tresillo está impaciente, le aguardan, y usted, amigo Balzar, si quiere acompañarme al salón, tendré un inmenso placer en presentarle á unas cuantas señoras y caballeros, que tienen los más vivos deseos de conocerle.

RAFAEL. Y yo tendré un verdadero honor en ello. (Da su brazo á la Marquesa y vánse izquierda.)

ESCENA IX

DON FELICIANO, que ha estado sentado durante toda la escena anterior.

Arriba, Feliciano, ilustre Conde consorte de Miraluna, á la mesa de tresillo, hay que ser sociable, hay que ser espléndido, jugando á peseta el tanto.

Mi ilustre partido: el General, hombre viejo, achacoso, plácido y que en cuanto recuerda que estuvo en la guerra carlista, en la de Africa, en la de Cuba y en no sé cuantas más, tiene necesidad de hablarnos á voces y echar sapos y culebras por la boca.

Don Nicomedes, el hombre suave, el hombre atento y diplomático por excelencia, el pequeño padre de la humanidad, que no presta más que al seis por ciento..... mensual; y la Vizcondesa que explota la galantería donjuanesca del General, la simulada prodigalidad del presta-

mista, y mi ignorancia tresillesca en darnos todos los codillos que puede y llevarse todas las noches cincuenta ó sesenta duros.

Anda, Feliciano, anda á figurar como hombre de mundo, á derrochar unas pesetas que no tienes, mientras tu mujer cimenta su fama de *dulce irónica*, despellejando gente y á tu pobre sobrina la envenenan de grandezas. Y entre tanto rueda mundo, rueda con tus desgraciados de abajo y tus *discretos* de arriba. (Váse foro.)

ESCENA X

Van saliendo del salón, izquierda, grupos de SEÑORAS y CABALLEROS, que desfilan por el foro.

UNA SRA. Es simpático y guapo este poeta.

OTRA SRA. ¿Has visto? La Condesa lleva el mismo traje que en el último baile, sólo le ha cambiado los encajes.

MARQUESA. (Indicando la puerta á todos.) Al comedor, señores, al té.

RAFAEL. (A Marieta, que va á salir la última.) Marieta, yo quisiera hablar con usted, si fuera tan amable que.....

ESCENA XI

MARIETA y RAFAEL

MARIETA. Yo no sé si,....., en fin, diga usted lo que quiera; pero no nos entretengamos mucho, podrían notar nuestra ausencia.

RAFAEL. (Titubeando sin saber cómo comenzar.) ¿Se acuerda usted del Colegio, Marieta?

¿Tiene usted algún recuerdo dulce, agradable, de aquella época? ¿De aquél jardín her-

moso, al que daban las ventanas de su dormitorio, al que daban también las ventanas del estudio de un pintor, amigo mío? ¿Recuerda usted aquel cielo azul, aquel suelo verde, aquellas paredes blancas, aquel aire puro, aquella soledad bella? Sólo esta pregunta deseaba hacerla. ¿Recuerda usted toda aquella poesía?

MARIETA. Sí, Rafael, no he de acordarme; cómo apartarse de mi imaginación la época más emocionante de mi vida, cuando comienza una á ser mujer, cuando está próxima á salir del encierro triste, cuando pretende una adivinar algo de lo nuevo que la aguarda.

RAFAEL. ¿Usted recuerda cuando yo la miraba insistente, casi molesto, desde la ventana de mi amigo y usted levantaba sus ojos azules del bastidor que entre las manos tenía, para pasearlos, al parecer indiferentes, por el horizonte? Algunas veces, usted miraba hacia la ventana observatorio de mi amigo, y entonces, Marieta, era un mundo de felicidad en que se hundía mi alma. Yo recuerdo que tuve un atrevimiento; la mandé á usted unos versos míos, ¿los recibió, los recuerda? (Marieta asiente.) *Mi blanca ventana* les titulaba, y eran una sensación de aquéllas tan tiernas, tan arrobadoras que yo sentía cuando sus ojos azules miraban.

Después, más tarde, la escribí á usted; no recuerdo lo que la decía; mi imaginación ardiente de poeta dictó y mi pluma escribió, no se qué. Cuando lo hube hecho, me recrininé; yo, el vagamundo, el bohemio, el desheredado luchador por la existencia, por la gloria, que jamás temblé ante nada, tuve miedo, un miedo horrible, por haber declarado aquello tan íntimo, tan mío, manantial endulzador de mi árida vida, y huí de allí sin querer verla á usted más.

MARIETA. Por Dios, Rafael, no me atormente ni se atormente usted. Aquéllo pasó. Para usted no debe ser sino una sensación vulgar que su gran talento y poesía idealizó, para mí..... (Muy triste.) Para mí, tiernos recuerdos que guardaré siempre, pero que también pasaron.

RAFAEL. No, Marieta, aquéllo pudo ser principio de algo más hermoso, más eterno. Hoy no soy el soñador andrajoso, mi posición social ha cambiado, hoy.....

MARIETA. Rafael, yo no soy dueña de mí, hay deudas, agradecimientos sagrados que me lo impiden, mi suerte está ya echada. Yo no puedo dar á usted lo que me pide, usted encontrará algo mejor.

RAFAEL. ¿Y aquél idilio mudo, aquélla poesía de ayer, quedarán así?

MARIETA. Esta prosa de hoy lo quiere.

ESCENA XII

MARIETA, RAFAEL y EDUARDO

EDUARDO. (Entrando con el gabán puesto, la chistera en la mano y una capa ó abrigo de Marieta en la otra.) Marieta, encantadora Marieta, se han distraído ustedes hablando, sus tíos se marchan y yo vengo de su parte á avisarla.

MARIETA. (Poniéndose el abrigo que le da Eduardo.) Gracias, Eduardo. (Saluda y váse foro.)

EDUARDO. ¿Usted viene, señor de Balzar?

RAFAEL. Sí, pero antes tendrá usted la amabilidad de acompañarme al comedor, para despedirme de los Marqueses, no conozco la casa.

EDUARDO. *When you please.* (Vánse foro.)

ESCENA XIII

MARQUÉS y MARQUESA

MARQUÉS. (Entrando foro.) ¡Gracias á Dios! (Mirando al reloj.) Las cuatro; paciencia necesitarán para haberme aguardado. (Entra puerta derecha y sale gabán de pieles puesto y chistera. En este momento entra Marquesa puerta foro. Al ver su mujer.) (Adiós, repetición de las escenas de siempre.) (Sale)

MARQUESA. ¡También hoy!

MARQUÉS. Pero Luisa, si no tengo más remedio, son compromisos, los amigos, la posición que uno ocupa. Es cosa de poco, á las seis ó las siete estoy aquí. Se trata de la cena apostada esta tarde en el tiro de pichón y perdida por Gabriel y por mí. Como comprenderás me es imposible faltar, si hubiéramos ganado sería otra cosa; pero habiendo perdido no es decoroso.

MARQUESA. (Que se ha sentado en un diván con gran desaliento.) ¡Siempre lo mismo, siempre igual! Los amigos, los compromisos, la política, todo menos tu mujer, tu mujer, que sufre, que está sola, que quisiera á su marido á su lado.

MARQUÉS. ¡No me exasperes con tus romanticismos! ¿Puedes tener queja de mí? Eres la mujer envidiada. ¿Qué deseos, qué caprichos tienes que yo no satisfaga? Libertad, dinero, independencia, todo, todo lo que puede dar un marido, á no ser que pretendas nos pasemos la noche alrededor de una mesa camilla, tú haciendo calceta y yo leyendo un periódico, dirigiéndonos miradas tiernas como dos burgueses cursis.

MARQUESA. ¡No me comprendes!

MARQUÉS. Vamos, no seas celosa, que eso es de muy mal gusto. (Sentándose al lado de ella.) ¿Quiéres aquel

aderezo de esmeraldas que tanto te gustó la otra tarde? Bueno, mañana te lo compro. ¿Qué, estás contenta ahora?

MARQUESA. (Implorante.) ¡No te vayas, quédate aquí, conmigo, con quién mejor que con tu mujercita!

MARQUÉS. Vamos, Luisa, no seas impertinente ni ridícula. (Levantándose.) Me voy porque es necesario; mañana, cuando te levantes, tienes el aderezo en tus habitaciones. [redacted]. A Ramón, que aguarde mi regreso sin acostarse. Adiós. (Váse foro.)

MARQUESA. (Llorando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! Qué hice yo. ¡Un aderezo, según él, indemniza de todo! ¡Qué alma tan fría! ¡Qué soledad tan horrible!

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

Decoración anterior.

ESCENA PRIMERA

JUANA y RAMON, entrando puerta foro.

RAMÓN. Haga usted el favor de aguardar, voy á pasar recado á la señora Marquesa. (Váse foro.)

JUANA. (A Ramón que sale.) Muchas gracias. (Mirando asombrada la habitación y los muebles.) ¡Qué lujo! ¡Qué preciosidad! ¡Qué calor más agradable! ¡Esto sí que es vivir! (Pausa.)

¡Qué miedo, qué vergüenza! Es la primera vez que voy á pedir. ¡Dios mío, qué dolor si me dijeran que no! (Pequeña pausa.)

Esta señora tiene fama de buena y caritativa. Tener que mendigar, yo que jamás he suplicado á nadie; pero no hay más remedio.

¡Oh!, si nosotros tuviéramos una casa como esta, con lo que nos queremos, que felices seríamos. (Mirándose á un espejo.)

¡Cualquiera te conoce, Juanita, cualquiera averigua que eres tú aquella tan hermosa que atraías á todos! ¡Ya comienzan las canas! (Retirándose del espejo.) No, no quiero recordar lo que

no habrá de volver. ¡Qué hermoso es lo que pasa!

ESCENA II

JUANA y MARQUESA, entrando derecha

JUANA. (La Marquesa.)

MARQUESA. ¿Qué deseaba? Yo conozco su cara de usted. Yo la he visto en alguna parte.

JUANA. No es extraño, señora, somos los inquilinos del cuarto piso.

MARQUESA. Sí, ya recuerdo; pero siéntese usted y dígame lo que desea.

JUANA. Señora..... no se cómo empezar....., me da tanta vergüenza..... es la primera vez en mi vida que doy este paso.

MARQUESA. Vamos, qué es ello, no se apure usted, tranquilícese y cuénteme lo que quiera, no tema, la escucho con verdadera curiosidad, y si es algo que yo pueda remediar, dígamelo, dígamelo enseguida.

JUANA. Es usted muy buena, señora.

MARQUESA. Vamos á ver, ¿qué es ello?

JUANA. Yo, como usted sabe, soy casada.

MARQUESA. ¡Ah, es usted casada! ¿Y su marido la querrá mucho, verdad? ¿Y tendrá usted hijos, unos niños pequeñitos, muy monos, á quienes querrá con toda su alma?

JUANA. Sí, señora, mi Manolo, mi marido, es muy bueno, muy honrado, muy trabajador, me quiere con delirio, hemos sido muy felices; pero el caso es..... que hace seis meses que el pobre está cesante, y la miseria ha entrado en nuestra casa, un nido de felicidad hasta ahora; lo hemos vendido todo, y el pobre Manolo ha

buscado trabajo por todas partes sin encontrarlo, hasta que las privaciones, las miserias, le han puesto enfermo y ya lleva tres meses en cama. Yo no puedo darle todo lo que necesita; mis hijos, mis pobres criaturas, van descalzos, y yo, loca ya de ver á mi pobre esposo triste, deseperado, con la enfermedad que le acaba y á mis hijos hambrientos, pidiéndome pan, me he decidido á..... á esto, señora, á bajar aquí para pedir un poco de caridad, no lo he hecho nunca, lágrimas me cuesta, pero lo he sacrificado todo, mi orgullo, mi vergüenza, porque es el padre de mis hijos el que está enfermo, porque son mis hijos de mi alma los que tienen hambre..... (Llora.)

MARQUESA. ¡Pobre mujer! Consuélese usted. Yo le aseguro que desde hoy no habrá de faltarles nada, absolutamente nada; cuidaremos á su marido, le curaremos, le daremos una colocación donde honradamente pueda ganar lo necesario para vivir y mantenerles, y á sus hijos, á esos pobres niños, si usted quiere, si usted me lo permite, seré para ellos su segunda madre, yo le juro que nada habrá de faltarles.

JUANA. ¡Oh!, gracias, señora, gracias; yo confiaba en encontrar consuelo, pero no tanto; usted es un ángel, usted es muy buena, ¡y claro, cómo es usted tan feliz, quiere dar un poco de su felicidad, de su alegría, á los que no la tienen! ¡Gracias! (Llora.)

MARQUESA. Vamos, no sea niña; lo que hago no es más que una obligación en mí, como en todos los que tienen.

JUANA. Pero por Dios, señora, que mi marido no sepa este paso que yo he dado; si el lo supiera, no querría admitir nada, su dignidad raya en el orgullo.

MARQUESA. No tema. (Media pausa.) ¿Y dice usted que su marido la quiere mucho?

JUANA. Sí, señora, muchísimo; su cariño y el de mis hijos, es lo único que puede hacerme ya llevadera esta vida.

MARQUESA. Entonces, no ofenda á Dios, amiga mía, no se queje, que tiene á su lado lo que más vale en este mundo. ¡Cuántas que usted cree más felices, más dichosas, porque las vé rodeadas de lujo y comodidades la envidiarían! ¡Cuántas preferirían encontrarse en una habitación destartalada y fría, pero tener los brazos de un esposo cariñoso, los besos de unos hijos!

Pero no hablemos de tristezas, hoy ha de ser día de alegrías para usted. Más tarde subiré yo á su casa.

JUANA. ¿Usted, señora?

MARQUESA. ¿Por qué no? Y allí veremos despacio todo lo que necesitan; entre tanto, y por primera providencia, mande á buscar, de parte mía, á nuestro médico, para que vea á su marido.

JUANA. (Levantándose.) Gracias, señora, gracias, no encuentro palabras..... ¿Déjeme que la bese la mano?

MARQUESA. (La besa enternecida y acompañándola hasta la puerta foro.) No sea niña, adiós, hasta luego.

ESCENA III

MARQUESA

MARQUESA. ¡Pobre mujer, qué desgraciada se considera, y cuán feliz la considero yo! Todas estas riquequezas que me rodean, las diera por un marido enamorado, que no me abandonara, que me estrechara entre sus brazos, que sintiera conmigo, que su mundo fueran mis ojos y los suyos el mío. (Pausa.)

(Con desaliento.) ¡Pero no, mi vida ha de ser ésta, la de la tristeza, la de la soledad! (Pausa.)

Todavía no ha vuelto desde anoche. ¿Dónde estará? ¿Pero Dios mío, es que ese hombre no tiene alma, es incapaz de amar? (Pausa.)

Triunfará, reirá, gozará con sus amigos, y, entre tanto, yo aquí, sola, entre sedas, entre servidumbres y lujo; pero sola. ¡¡Dios mío, cuánto sufren los ricos sin que lo sepan los pobres!!

ESCENA IV

MARQUESA y DON FELICIANO

D. FEL. (Desde foro.) ¿Se puede?

MARQUESA. Adelante, Don Feliciano, adelante.

D. FEL. (Entrando y saludando.) ¿Qué tal, querida Marquesa? ¿Cómo tan sola, y el Marqués?

MARQUESA. ¿Quién, mi marido? Bien, muchas gracias, no sé en este momento dónde está, tal vez haya salido.

D. FEL. (Seguramente, la infeliz no lo ha visto desde que le ví yo, es decir, desde anoche.)

Pues yo traigo una misión, una misión muy delicada. (¡Maldita sea mi mujer!)

MARQUESA. ¿Qué, le ocurre algo á mi marido, una desgracia, quizás?

D. FEL. No, Luisita, por Dios, tranquilícese usted, no le ocurre nada á su marido, al menos que yo lo sepa.

MARQUESA. Perdóneme, estoy un poco intranquila, un poco nerviosa, pensé....., vamos, nada, siga, siga usted.

D. FEL. (Pues señor, ¿no estoy azarado como un chico en examen, ó una muchacha oyendo la primera declaración amorosa?)

Marquesa: yo soy un zascandil de mi mujer.

Sí, señora, no se asombre usted, fuera comedias y farsas que jamás he sabido hacer.

(En tono resuelto.) Yo soy un zascandil de mi mujer; los pantalones, esa prenda que es necesario colgar en todas las casas para darles cierto fuste y representación, en la mía, no sirven más que de adorno, y quien lleva los pantalones verdad, los auténticos, es mi señora, debajo de las enaguas. Sí, sí, no me mire usted con esa cara de asombro. Yo, Don Feliciano del Real, Conde consorte de Miraluna, hombre que goza gran fama de discreto y entre los ignorantes de sabio, caballero respetable que hace unos cuantos años peina canas, viene en propia persona á darle un sablazo de 50.000 pesetas, á su amiga, la Marquesa de Monteblanco. ¿Eh, qué le parece á usted? Estupendo, asombroso, cínico, ¿verdad? Pues aún hay más; esas 50.000 pesetas son para cometer un crimen y una farsa. Crimen: el de casar á mi pobre sobrina, Marieta, con un fantoche correligionario nuestro, quiero decir, en timbres aristocráticos y alta vida. Farsa: la de hacer una boda espléndida, para darnos el *pisto* de que tenemos mucho dinero y poder seguir engañando á la gente, desde ahora en adelante, con él de nuestro futuro sobrino, como hasta hoy lo hemos hecho con el de nuestros acreedores. No, no me diga usted nada, adivino sus palabras, ¿á qué es esto lo que iba usted á decir en este momento?—Este hombre ó se ha vuelto loco, ó es imbécil de solemnidad. Pues no señora, nada de eso, ¡ni me he vuelto loco (Con amargura) ni soy imbécil, desgraciadamente para mí!

MARQUESA. Por Dios, Don Feliciano, yo que he de suponer...

D. FEL. No, si es lógico; un aristócrata que habla en la

forma que yo acabo de hacerlo, son los dos únicos calificativos que merece. Pero usted sabe lo que soy yo, Marquesa, lo que es mi vida; yo soy una víctima, casado á los dieciocho años, sin saber lo que hacía, con mi actual conyuge, á quien soporto hace cuarenta y dos. He tenido necesidad imprescindible, absoluta, de crearme una filosofía, un poco escéptica, un tanto cínica, un mucho amarga, para poder vivir con relativa tranquilidad. Ya conoce usted mi temperamento. Odio los arrebatos, las luchas, las violencias, todo lo agresivo, lo brutal; mi mujer comenzó por considerarme, algo así como un lacayo distinguido, siempre fija en la idea de que ella lo había llevado todo al matrimonio: nobleza, dinero; nobleza que sólo ella ha usado, dinero que sólo ella ha malgastado; yo comprendí que mi mujer era honrada, incapaz de darme un disgusto serio, bien por honradez innata, bien por miedo al publiquito, y me dije: Feliciano, si tú quieres ajustarte un poco los pantalones que se te caen, aquí va á haber la de Dios es Cristo, y el escándalo lo dás y gordo; ¿qué debes hacer, pues?, pues nada..... Y seguí con mis estudios, con mis chifladuras, sin ocuparme apenas de mi mujer, con el hábito constituído ya en segunda naturaleza de obedecerla en todos sus caprichos, y ya es en mí tal la costumbre de obediencia, que lo hago sin darme cuenta, aunque algunas veces (Con gran tristeza) tenga que violentarme y hacer el ridículo, como en la ocasión presente. ¡Oh, ironía, ironía, dulce amada de los tristes!

MARQUESA. Es usted el hombre de más gracejo y de mayor ingenio que he conocido.

D. FEL. No, Marquesa, compadézcase usted de mí. He

conseguido vivir artificialmente; pero muchas veces, mi otro yo, el que tengo dentro dormido, quiere despertar, pero consigo dominarle. (Con gran desaliento.) Ya es uno viejo, ¡qué más dá!

MARQUESA. ¡Pobre Don Feliciano! Usted es otra víctima como yo, pero no tan desgraciada. Para usted pasaron ya las ilusiones de la juventud; para mí no. Usted siente por su mujer un plácido afecto, yo estoy enamorada de mi marido. Sí, Don Feliciano, yo le quiero, le quiero con toda mi alma, y él no, no se acuerda de mí, para él no soy nada, no significo nada, y me mata su hielo, su frialdad, y me consumo de dolor, me muero de pena.

D. FEL. ¡Infeliz! conozco esas amarguras, las tengo aquí dentro (En el corazón) enterradas, ocultas, hechas cenizas, no quiero removerlas, ni siquiera aventarlas, por miedo de que alguna chispa que todavía reste, vuelva á prender, torne á quemarme. (Gran pausa.

MARQUESA. ¿Ha visto usted á mi marido? Estoy impaciente. Marchó anoche, de madrugada, después del baile, y no ha vuelto. He leído algo en los periódicos de hoy, de una cuestión habida anoche en el Casino, anuncios de un lance; pero todo dicho de una manera velada, sin citar nombres; hablan de dos conocidos aristócratas, no dicen más y yo estoy muerta, conozco á mi marido y temo..... qué se yo, cualquier cosa.....

D. FEL. No tema, Luisa; pero de todos modos, yo voy al Casino y allí me enterarán; el principal objeto de estas cuestiones, es el que se conozcan, que se comenten y se divulguen.....

MARQUESA. Sí, vaya usted, vaya usted, yo se lo agradeceré en el alma; y venga pronto, muy pronto. estoy

intranquilísima. (Don Feliciano vá á salir.) Ya le enviaré esa cantidad.

ESCENA V

MARQUESA, DON FELICIANO, CONDESA y MARIETA. Al salir Don Feliciano por el foro, entran Condesa y Marieta.

CONDESA. Buenas tardes ¿qué tal, Marquesa?

MARQUESA. (Dándose la mano.) Perfectamente (Besando á Marieta.) ¿Y tú, monísima?

CONDESA. (Aparte á su marido.) ¿Cumpliste mi encargo con la diplomacia debida?

D. FEL. Sí, hija, con una diplomacia admirable y con resultado satisfactorio.

¡Oh!, si me llegas á oir, quedas asombrada, asombradísima.

Bueno, hasta después. (Váse foro.)

MARIETA. Adiós, tío.

ESCENA VI

CONDESA, MARIETA y MARQUESA

CONDESA. (Sentándose.) Somos las primeras y creímos llegar á las postrimerías del té. Estoy rendida. Hemos hecho infinidad de visitas, entre ellas, la de los Duques de Blancaluz; se ha tratado de la boda de ésta con Eduardo. Va á ser un acontecimiento; á su hijo le hacen caballero de la orden de Montesa, para que el día de la ceremonia luzca el blanco hábito, y están arreglándoles una casa que es una monada; hemos tratado también de la fecha; será el día 8 de Diciembre, santo de la novia; en fin, Marquesa, que estoy rendida de estos trajines y estas emociones. Y ahora empezamos. Queda

lo más pesado, que es la confección del *trouseau*, y el arreglo del salón de casa y la capilla. Están bastante bien, pero unas reformitas no les vendrían mal.

MARQUESA. ¿Y tú, qué cuentas, qué dices, Marieta?

CONDESA. Esta, nada, parece un alma en pena, no hay quien la saque ni una palabra del cuerpo; la consulto, la pregunto y á todo contesta: lo que usted quiera tía; á su gusto de usted tía; como usted mande tía. Parezco yo la novia, tengo que hacerlo y que hablarlo todo.

Dios mío, yo no sé qué hacen con estas niñas de ahora en los Colegios, cómo las educan. En mis tiempos, cuando salíamos, nuestro único afán era reir, gozar, triunfar; ahora no sé, no sé, parece que las emboban.

MARQUESA. Eso tiene un nombre: falta de amor. Marieta no quiere á Eduardo, pero como es muy buena, no se atreve á decirlo.

CONDESA. Es lo único que faltaba, que dijera usted eso, y delante de ella; me la ha contagiado ya de su sentimentalismo. Ella, qué sabe si le quiere ó no le quiere; hasta que sea su marido, no puede decir nada. Además, es voluntad de sus tíos, que en esto, como en todo, no tratan más que de hacerla feliz.

ESCENA VII

MARQUESA, CONDESA, MARIETA y DON FELICIANO, MARQUÉS, RAFAEL y EDUARDO

D. FEL. (Entrando foro con Marqués, Eduardo y Rafael.) No dirán ustedes, que no traigo gente. Metiditos en el Casino, hablando de pichones y de escopetas, menos el señor (Por Rafael), á quien hemos encontrado en la calle.

MARQUÉS. ¿Qué tal, genial Condesa? ¿Y mi encantadora Marieta, la melancólica Marieta? (Estrecha la mano de ellas y Rafael hace lo mismo.)

EDUARDO. (Haciendo una profunda reverencia á las tres damas.) *Good afternoon:* mi querida y futura tía, próxima esposa, agradabilísima Marquesa. ¿Qué tal, se descansó de la jornada de ayer?

MARQUESA. Perfectamente, amigo Eduardo. (Aparte á Don Feliciano.) ¿Pudo usted enterarse de algo?, á mí no me dirá ni una palabra.

D. FEL. Sí, creo que hubo algo entre él y Gabriel; pero no pasó á mayores. Nombramiento de padrinos, un acta, una cena, total: nada, que su majestad el Honor ha quedado incólume.

MARQUÉS. Señores, ¿qué tal una partidita de *Tennis*, hace muchos días que no le jugamos?

EDUARDO. Admirable. *¡All right!*

CONDESA. Soberbio, yo me agrego hoy á la partida. (Levantándose.)

D. FEL. (Aproximándose á su mujer, en voz baja.) ¿Tú? ¡Qué vas á hacer el ridículo, mujer, á los sesenta y cinco jugar al *Tennis!*

CONDESA. (No seas inconveniente.)

D. FEL. (¿Qué no sea inconveniente? Verás que discreto.) Enemigo temible tienen hoy, señores, no conocen la agilidad de mi mujer.

CONDESA. (Satisfecha.) No exageres hombre, no exageres.

EDUARDO. Pues no tardemos, adelante. (Salen foro, Condesa, Marqués, Eduardo y Don Feliciano.)

(Mutis)

MARQUESA. ¿Usted no va, Rafael?

RAFAEL. No señora, no conozco el juego.

MARQUESA. ¿Ni tú tampoco, Marieta?

MARIETA. No tengo gana.

MARQUESA. Pues entonces, quedénse los melancólicos, yo voy á presenciar la partida.

ESCENA VIII

MARIETA y RAFAEL

MARIETA. (Al ver salir á la Marquesa, levantándose.) Yo me marcho, no es prudente quedar aquí solos.

RAFAEL. Haga usted lo que quiera. (Media pausa.) Huye usted de mí.

MARIETA. No, Rafael; pero comprenda usted que habiendo salido todos, no es prudente quedemos aquí solos; pudiera interpretarse, censurarse.....

RAFAEL. No tema usted, estas cosas son las únicas que aquí no se censuran. ¡Son tan distintos á nosotros.....!

MARIETA. Tendrá usted razón; pero una debe regir sus actos por su propio criterio.

RAFAEL. Habla usted como un libro. Yo la acompaño al *Tennis.*

MARIETA. Gracias.

RAFAEL. ¡Ah!, Marieta. Mi más cordial enhorabuena por su próximo enlace. Anoche, cuando salimos de aquí, el mismo Eduardo me contó.....

MARIETA. Ya le dije que tenía deudas que cumplir: esas eran.

RAFAEL. Lo sé, Marieta, lo sé, y la compadezco á usted, sí, la compadezco, porque no ama al hombre que ha de ser su marido.

MARIETA. ¡Rafael!

RAFAEL. No se ofenda, Marieta, es la verdad; pero no tema que yo la recrimine, porque haya alimentado ciertas esperanzas, no crea que voy á censurar el que usted case con Eduardo, no, vive usted en un ambiente, en una atmósfera, que la reduce, que la obliga; yo conozco un poco la vida, sus realidades, y por eso, tranquilamente, sosegadamente, amargamente, la digo:

Marieta, que sea más feliz de lo que usted misma espera y cree.

MARIETA. Tiene usted un gran talento, Rafael.

RAFAEL. No, Marieta, no le llame usted talento, sentido común; no creo á usted una enamorada romántica del antiguo teatro, dispuesta á sacrificarlo todo á los impulsos de su alma, no, la creo una mujer de carne y hueso, real, y si pidiera otra cosa, sería un iluso, un imbécil.

Si no nos halláramos en este elegante gabinete de casa de los Marqueses, si en este momento fuéramos dos personajes de un drama ó comedia cualquiera, y nos encontrásemos sobre el tablado de un escenario... yo le hablaría de lo libre que el amor debe ser, de que usted no tiene derecho á sacrificar su felicidad, todo esto en párrafos apasionados, y usted cedería, y huiríamos de esta casa abrazados, felices, y entre la delirante ovación de las galerías; pero no, yo no soy un iluso.

La vida es esto, lo otro sería fantasía.

Marieta, que sea usted muy feliz.

MARIETA. Tiene usted razón, hay que vivir la *la vida que vive*, no la que nosotros nos forjemos. (Muy emocionada.) Yo también le deseo qué encuentre un corazón tan noble y hermoso como el suyo; que sea usted muy feliz.

ESCENA IX

MARIETA, RAFAEL, CONDESA y DON FELICIANO

CONDESA. (Muy sofocada, arreglándose el pelo y con el sombrero en una mano, dirigiéndose frente á un espejo.) ¿No han presenciado ustedes el partido? ¡Oh!, ha sido reñidísimo.

D. FEL. (Entrando detrás de su mujer.) (Pues señor, nunca creí á mi mujer con tales bríos. Ella, que no cambia de sitio una silla, por no molestarse, dando saltos y haciendo piruetas como un *clown* de cualquier Circo. ¿Por qué no ha bajado á presenciar la partida, amigo Balzar?

RAFAEL. Me entretuve hablando con Marieta, ahora íbamos allí; pero por lo visto ha sido muy corta.

CONDESA. A diez tantos, más tiempo aburre.

D. FEL. ¡Ya lo creo! (Y revientas tú.)

ESCENA X

LOS MISMOS y EDUARDO y los MARQUESES

ale)

EDUARDO. Esta tarde me he ganado el té, con el sudor de mi frente.

MARQUÉS. No mucho. Has estado bastante endeble, y debido á tu torpeza, en las pelotas rasas y cortas, hemos perdido la partida. (La Marquesa, toca un timbre y aparecen dos criados con el servicio del té; todos los detalles de esta escena quedan encomendados á los artistas, con el cuidado esquisito de que no haya ninguna nota cursi ó ridícula.)

EDUARDO. ¡Oh!, es que mi futura tía, es adversario tremendo.

MARQUÉS. (A la Condesa.) Tiene usted una agilidad asombrosa. Yo creo que usted nos engaña, y á fuerza de repetírlo, nos ha llegado á hacer creer que tiene los cincuenta años. Usted no pasa de los cuarenta.

D. FEL. (¡Ande la bola....., y va á cumplir los sesenta y seis!)

CONDESA. Todo, Marqués, todo, menos faltar á la verdad; cincuenta cumplo mañana.

D. FEL. (¡Oh, inocencia infantil!)

MARQUÉS. (A la Condesa.) ¿No quiere usted unas gotas de champagne?

CONDESA. No, las prefiero de azahar, estoy un poco nerviosa. La neurastenia, la maldita enfermedad del siglo, somos sus esclavos.

EDUARDO. Tiene usted mucho amor propio como jugadora, y se excita demasiado. (A la Marquesa que está sirviendo.) Yo *cognac*. ¿Y han observado ustedes qué melancólico está nuestro poeta?

MARQUÉS. La poesía, y más la poesía de hoy, es triste.

CONDESA. Y, vamos á ver, ¿por qué no hablan ustedes en sus versos nada más que de nostalgias, de añoranzas, de penas, es eso poesía?

RAFAEL. Señora, poesía es todo; lo grande, lo pequeño, lo triste, lo alegre; todo tiene algo bello.

MARQUÉS. Pero con estas formas dislocadas, extravagantes, que usan ustedes ahora, ¿qué pretenden, hacer una revolución?

RAFAEL. El Arte, no puede encerrarse en moldes, todos le vienen estrechos.

MARQUESA. Son ustedes soberbios.

EDUARDO. Anárquicos.

RAFAEL. Tal vez todo eso que ustedes dicen... tal vez algo más.

El que tiene una alegría inmensa ó un dolor profundo, no se preocupa en manifestarle en esta forma ó en la otra, sino que le arroja en una carcajada, en un suspiro, en una maldición.

¿Pues qué son los versos del poeta, sino carcajadas, suspiros ó maldiciones, por donde explotan sus dolores ó sus alegrías?

MARQUESA. Yo comprendo todo lo que usted dice, y por eso deduzco el por qué de esa tristeza tan honda, tan dulce, de toda la poesía de hoy.

RAFAEL. No cantamos más que vida, y la vida moderna es tan triste, tan neurótica.

D. FEL. Tan compleja, tan mixta, que hay que cantarla así, de una manera dislocada, casi incomprensible, loca.

EDUARDO. Dígan ustedes lo que quieran de la vida moderna, blasfemen de ella; pero es agradable, frívola, encantadora.

MARQUESA. (A Marieta.) ¿Qué te ocurre, niña? ¿Por qué tan silenciosa? Hace una hora que no despegas tus labios.

MARIETA. Y usted me lo pregunta, usted que sabe lo que sufro. Ya está decidido mi matrimonio, mi desdicha.

MARQUESA. ¡Quién sabe!

CONDESA. Creo será ya tiempo de que pensemos en retirarnos; aquí las horas son minutos.

D. FEL. Ya sabes que yo estoy á tu disposición (Como siempre.)

EDUARDO. (Se han levantado todos y comienzan á despedirse. Aparte á la Condesa.) Querida tía: permítame que la dé ya este nombre, ¿anuncia usted la fecha de la boda?

CONDESA. (A Eduardo.) (Ahora pensaba hacerlo.) Señores: anuncio á ustedes para el día 8 del próximo mes, el enlace de mi querida sobrina Marieta, con el señor Don Eduardo Riobesco.

D. FEL. ¡Infeliz!

MARQUESA. (Abrazando á Marieta.) ¡Pobrecilla!

RAFAEL. ¡Desgraciada!

MARQUÉS. ¡Bravo!, ¡bravo! Mi enhorabuena, querido Eduardo; igualmente, lindísima Marieta. ¿La boda será espléndida?

EDUARDO. Digna de la novia.

CONDESA. Digna del novio. Será el colmo, todo se lo merece esta preciosilla. (Besándola.)

Quedamos en que asistirán todos sin excepción. Y usted, amigo Balzar, no faltará. Aunque

nuestra amistad sea reciente, nos honraremos con su presencia.

D. FEL. ..... y para mayor ignominia le pusieron ¡Inri!

Téngase especial cuidado de encajar perfectamente este final, procurando que al decir DON FELICIANO la última frase esté cayendo el telón lentamente y todos los personajes despidiéndose.

TELÓN

CUADRO

Salón en casa de los Condes. Numerosos invitados repartidos en grupos que conversan alegremente.

ESCENA PRIMERA

CAB. 1.° (En un grupo.) ¿No decían que luciría el novio esta noche el hábito de Montesa?

SRA. 1.ª De eso estábamos hablando en este momento; creo que ha habido un lío horroroso, dicen que no reunía todos los requisitos.

SRA. 2.ª Pues resulta altamente ridículo, después de tanto pregonarlo.....

CAB. 2.° (En otro grupo.) Ha sido una gran solución para los Condes esta boda; estaban ya con el agua al cuello.

CAB. 3.° Para la Condesa, querrá usted decir, porque lo que es el pobrecito de Don Feliciano, poco ruido mete. (Risas.)

SRA. 3.ª Es un marido plácido é inofensivo. (Más risas.)

SRA. 4.ª No hay miedo que esa inofensividad le proporcione ningún disgusto serio. ¡Es ella tan vieja y tan fea! (Risas.)

CAB. 4.° Por eso se explica la pureza inmaculada de su pasado; si no..... (Grandes risas.)

(Sale)

MARQUÉS. (Paseando del brazo de Eduardo por el proscenio.) ¿Tú habrás roto con la Magdalena?

EDUARDO. Chico, no he tenido más remedio. Otra cosa hubiera sido de un atrevimiento espantoso.

MARQUÉS. ¿Pero en redondo, sin paliativos?

EDUARDO. Te dire: por ahora, sí, quién sabe si más adelante; pero no, creo que no, estaba ya cansado, me costaba mucho dinero, y mi boda ha sido un pretexto admirable.

CONDESA. (Entrando con su marido.) ¿Pero qué te pasa, hombre? ¿Parece que estás embobado? No atiendes á nada, tú, el hombre de mayor fama de atento y de ocurrente; estas son las ocasiones de demostrar gracejo y chispa.

D. FEL. Es que tengo el corazón que se me salta del pecho, es que me dá pena, muchísima pena, ver á la pobre Marieta que parece la llevamos á ajusticiar; es que estoy indignado, por hacerme cómplice vuestro..... es que.....

CONDESA. Calla, hombre, calla, y no seas lata. La niña está triste porque sí, nunca la he visto de otra manera, es su carácter. Oye: ¿Has observado si falta algo? ¡Por Dios, que esta gente critica de una manera horrible!

Estoy contenta porque creo que hoy con la esplendidez de todo esto, daremos un mentís á todos los que nos creían arruinados. (Váse hacia un grupo de señoras. Don Feliciano se reune con Rafael.)

MARQUESA. (Entrando con Marieta.) Vamos, niña, cambia ese rostro, alégrate un poco, ¡quién sabe si con Eduardo serás feliz!

MARIETA. No, señora, no lo seré, yo le supongo bueno, honrado; pero no sabe amar, es frío, es hielo; cuando me habla de esa manera tan frívola, tan superficial, las lágrimas acuden á mis ojos; jamás me ha hablado de amor, siempre de grandezas, de diversiones. ¡Hoy es el entierro

de algo muy grande, muy hermoso, que comenzó á nacer aquí dentro! ¡Déjeme usted que yo le llore, nadie habrá de hacerlo!

MARQUESA. ¡Pobre niña, no has podido hacer otra cosa; paciencia, resignación y valor, mucho valor!

CONDESA. (Acercándose con varias señoras) ¿Pero qué es esto, Marieta, todavía no has terminado de arreglarte? Es ya la hora.

SRA. 1.ª ¿Si quiere usted que le ayudemos?

MARIETA. No, muchas gracias. (A la Marquesa.) No me abandone, acompáñeme. (Vánse izquierda.)

D. FEL. (A Rafael.) Venga usted, hombre, venga usted, que me están dando una jaqueca horrible para que le presente. (Acercándose á un grupo.) Aquí les traigo el poeta; amigo Rafael, la flor y nata de la aristocracia.

SRA. 2.ª Pobres ustedes, los personajes, los artistas célebres; tienen que aguantar cien mil impertinencias, una de ellas esta: la de ser traído y llevado y presentado de una parte á otra.

RAFAEL. Señora, la amabilidad de ustedes es lo que nos hace célebres. Si es que celebridad puede llamarse este algo de popularidad.

D. FEL. (Todo se pega, que adulador y diplomático se está usted volviendo.)

SRA. 1.ª (Los invitados han ido entrando por segunda derecha.) Llegó el momento; ya están todos en la capilla.

ESCENA II

MARQUESA, RAFAEL y DON FELICIANO

MARQUESA. Aquí los buenos, los que no queremos presenciar la infamia.

RAFAEL. No, los buenos no, porque no hemos procurado remediarlo.

D. FEL. ¿Y qué hubiéramos conseguido? Nada, la vida es esta, ¿por qué asombrarnos?

MARQUESA. ¿Pero puede Dios sancionar eso?

D. FEL. No, que ha de sancionarlo. Eso es la unión de dos cuerpos, serán dos labios que digan «sí»; pero con la protesta de las almas que siempre, cada una á su manera, maldecirán de ese lazo que ante el mundo las une.

RAFAEL. Por parte de él: la adquisición de la mujer-cosa que necesita para enseñarla; por parte de ella: el sacrificio á los deberes sociales, á la familia, á la gratitud, á todos esos fósiles, que no ha sabido romper; y no es extraño, pesan sobre nosotros tantos años, tantos siglos de rutina, de educación brutal llena de prejuicios, de aniquilamientos de libertad, de inhumanidades, que nos impiden vivir, que nos convierten en autómatas de cuatro paparrucherías que nos hemos empeñado en considerar más sagradas que nuestra propia felicidad. Y ejecutamos una acción que nos repugna, que está en contraposición con nuestras inclinaciones, con nuestros deseos, creyendo cumplir con deberes estúpidos, cuando lo que hacemos es cometer una infamia, origen de males y desgracias infinitas.

MARQUESA. Tiene usted razón, Rafael, esa es la verdad, ¿por qué somos así?, y esto no ocurre nada más que aquí, entre los grandes, entre los educados.

D. FEL. No, querida, aquí sólo no; en todas partes, arriba, abajo, la humanidad es toda una, vístala de seda ó de percal, dela usted hambre ó hartura, siempre es igual, con hipocresías, con cinismo, rindiendo culto á una moral acomodaticia, tan ridícula como los sacerdotes que la adoran.

¿Pero á qué estas filosofías desesperantivas?;

(S. m

tomemos la vida tal como es, ¡si nosotros no hemos de arreglarla! (Comienzan á salir de la capilla.)

MARQUESA. Ya salen, ya se consumó. Cómo ríen, parece que vienen de una feria. ¡¡Sí, de una feria de amor!!

RAFAEL. ¡Y esta, esta es la vida!

D. FEL. ¡¡Si la vida no fuera así, no sería vida!!.....

TELÓN